

EL DEBER CRISTIANO DE LA MILITANCIA CONTRARREVOLUCIONARIA

POR

FERNANDO GONZALO ELIZONDO

I. Palabras introductorias.

Sean mis primeras palabras de agradecimiento por la amable y honrosa invitación hecha por nuestros amigos de la «Ciudad Católica», para que compareciésemos a este tradicional *forum*, donde —con fiel puntualidad y reconocido brillo— se debaten temas que se relacionan con los más altos intereses de la Civilización Cristiana en España y en el mundo.

La *Sociedad Española de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad (TFP-Covadonga)*, que aquí represento, entrega con gusto su colaboración intelectual a este evento y lo hace desde el ángulo peculiar que le es propio. Como bien lo saben Ustedes, TFP-Covadonga, desde su constitución, está empeñada a fondo en la lucha ideológica contrarrevolucionaria y es una asociación de personas que rezan, leen y piensan mientras luchan y en función de esa lucha, en interacción con ella.

Los organizadores parecen también haberlo comprendido así, cuando asignaron el tema que me corresponde tratar: *el deber cristiano de la militancia contrarrevolucionaria*.

Por eso mismo, no esperan ustedes de mí, ciertamente, esta mañana una disertación erudita, que considere la virtud de la militancia cristiana desde una perspectiva especulativa o específicamente teológica, pues, para ello, tienen colaboradores que lo podrían hacer con mucha más propiedad que yo. Les ofrezco eso sí, con el sincero deseo de contribuir a éste intercambio amistoso

de ideas, lo que puedan aportar las reflexiones de quien se ha especializado en estudiar y conocer, a la luz de la doctrina católica y de la Filosofía de la Historia, ese moderno campo de batalla que es, en nuestros días, la *opinión pública*... ¿Opinión pública? Tal vez debería decir, actualmente, con más propiedad, *temperamento público*... tan cambiantes, sutiles y a veces preponderantemente instintivas son las condiciones del gran público en la sociedad masificada de hoy.

Permítanme, pues, que me deje ya de preámbulos y vaya directamente al grano.

II. El deber cristiano de la militancia.

Existe un deber cristiano de la militancia.

De ello, nos dio ejemplo definitivo, inigualable, eterno, Nuestro Señor Jesucristo, el divino Combatiente. El, que nos dijo «La paz os dejo, mi paz os doy» (1) y que murió sin quejas, como un Cordero inocente inmolándose por nosotros, nos advirtió igualmente: «no vine a poner paz, sino espada» (2). Los Evangelios nos narran Su vida pública y podemos ver en ella Su divino enfrentamiento con los fariseos, que crece en intensidad hasta el momento de Su Sagrada Pasión y Muerte.

El nos vino a traer la paz, pero Su paz: «No como el mundo la da os la doy yo...» (3) y nos vino a traer también la espada, Su espada.

Obviamente no existe, ni podría existir contradicción alguna entre las dos enseñanzas perfectísimas.

La paz que El nos dejó, como magníficamente lo explica con su ciencia tomista universalmente reconocida el Reverendo P. Victorino Rodríguez en sus *Estudios de antropología teológica* (4), no es la paz como el mundo la da, no es la pseudo-paz que sacri-

(1) Jn. XIV, 27.

(2) Mt. X, 34.

(3) Jn. XIV, 27.

(4) Speiro, Madrid, 1991, cap. XIV Teología de la Paz, págs. 291-328.

fica la Verdad al ídolo del consenso relativista; es la paz de Cristo en el Reino de Cristo. Es la paz que posee en su interior el que guarda Su palabra, el que redimido y liberado del pecado, reconciliado con Dios cumple Sus preceptos (5). Es esa misma paz que se proyecta al exterior del hombre, en sus relaciones familiares y sociales, en la vida de las naciones y que se traduce en la *tranquilidad en el orden*, para usar la célebre definición de San Agustín (6).

¿Y la espada? Los Evangelios nos narran que ya cuando la Virgen Madre llevó al Niño para Su presentación en el Templo, el profeta Simeón conoció que estaba en presencia del Salvador y lo saludó entonando el *Nunc Dimitis* que la Iglesia recoge con veneración y canta en su Liturgia a través de los siglos: «Ahora, Señor, puedes dejar ir a tu siervo en paz, según tu palabra; porque han visto mis ojos tu Salud... Puesto está para caída y levantamiento de muchos en Israel y para signo de contradicción» (7).

Y nuestro Señor fue también divinamente claro cuando en el discurso después de la Última Cena advirtió a los apóstoles:

«Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció a mí primero que a vosotros. Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os escogí del mundo, por esto el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que yo os dije: no es el siervo mayor que su señor. Si me persiguieron a mí, también a vosotros os perseguirán, si guardaren mi palabra, también guardarán la vuestra. Pero todas estas cosas haránlas con vosotros por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado. Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa de su pecado. El que me aborrece a mí, aborrece también a mi Padre. Si no hubiera hecho entre ellos obras que ninguno otro hizo, no tendrían pecado; pero ahora no sólo han visto, sino que me aborrecieron a mí

(5) Cfr. Jn. XIV, 21 y 23.

(6) *De Civitate Dei*, XIX, 13, 1, ed. BAC, Madrid, 1958, págs. 1.397-1.398.

(7) Lc. II, 29, 30 y 34.

y a mi Padre. Pero es para que se cumpla la palabra que en la Ley de ellos está escrita: "Me aborrecieron sin motivo"» (8).

Detengámonos, ahora, a pensar un momento en la realidad en cierto sentido insondable de ese odio —misterio de iniquidad— que tuvo por blanco a Aquel que era la propia Perfección y la propia Bondad en confrontación, con cierto ecumenismo irénico y relativista que moldea los espíritus en nuestros días, sea en el plano religioso, o en el filosófico-cultural, político y hasta psicológico.

En efecto, en nuestros días el deber cristiano de la militancia contra el mal es cada vez más ignorado, negado, vilipendiado, por que las ideas liberales y relativistas vienen, desde hace mucho, penetrando y empapando con sus errores de una manera peculiar la mentalidad del hombre del siglo xx.

Muchos hombres intelectualizados, muchos dirigentes políticos, muchos hombres de empresas, incontables periodistas, pero también el hombre común de la calle, que no leyeron a Rousseau y a los Enciclopedistas, ni se embreñaron por las abstrusas y obscuras especulaciones del relativismo hegeliano se encuentran, no obstante, trabajados a fondo por los mitos liberales y por el espejismo de un pacifismo sentimental y relativista, que los vuelve hostiles a ese deber cristiano de la militancia. Más doloroso y lamentable aún, entre los difusores de ese pacifismo relativista son numerosos —y cuánto— los sacerdotes, los teólogos y hasta los obispos...

TFP-Covadonga ya ha expuesto públicamente su pensamiento respecto del tendencioso y especial proceso de difusión de esta mentalidad liberal y relativista; proceso que se acentuó en nuestra patria, explotando en las gentes el recuerdo de los atroces sufrimientos traídos por nuestra Guerra Civil de 1936 y en el mundo entero, trabajando el recuerdo de las mortandades de la Segunda Guerra Mundial, y agitando el espectro del holocausto atómico, terriblemente simbolizado en Hiroshima y Nagasaki.

Explotando así el miedo que naturalmente producen esas de-

(8) Jn. XV, 18-25.

vastaciones terribles, una hábil propaganda pacifista alimenta en el hombre de hoy, por contraste, el espejismo de una nueva era sin divisiones, ni conflictos; sin doctrinas contrapuestas ni choque entre bloques ideológicos; sin enfrentamiento entre las naciones, entre los grupos y hasta entre los individuos. Un mundo en el cual la propia división entre el Bien y el Mal, y con ella los problemas de conciencia y los remordimientos, habrían, por fin, desaparecido.

Esta propaganda difunde por estímulos, imágenes, sugerencias y subentendidos una doctrina no escrita que podría resumirse así:

Todos los hombres serían naturalmente buenos y, si cometen errores y realizan el mal, si agreden o practican violencias y crímenes esto se debería, simplemente, a equívocos o circunstancias o estructuras sociales adversas que los condujeron a eso, o porque no se les trató con bondad, no se les hicieron oportunas concesiones, ni se les dieron muestras ilimitadas de confianza. Las ideas definidas, los principios absolutos, en la práctica son algo secundario. Lo importante es la relación fraterna, el diálogo, optimista, generoso y abierto entre los hombres, sin desconfianzas ni reservas; incluso entre los que tengan las posiciones religiosas, morales, filosóficas o ideológicas más contradictorias, los sistemas de vida individual o social más opuestos. Porque así, superándolas sin resolverlas, las contradicciones pierden su importancia y aparece lo que realmente interesa que es la bondad natural de los hombres que a todos hermana. Todo aquello que distingue, que define, que establece o recuerda deberes, que reivindica los derechos de una Verdad absoluta, he ahí en realidad el enemigo contra el cual se torna militante y feroz... el pacifismo relativista de nuestros días (9). Como militantes y feroces se mostraron, hace cerca de dos mil años, el Sanedrín y los fariseos contra Aquel que dijo de Sí mismo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (10).

(9) Sociedad española de defensa de la tradición, familia y propiedad (TFP-Covadonga), *España anestesiada sin percibirlo, amordazada sin quererlo, extraviada sin saberlo - la obra del PSOE*, Ed. Fernando III El Santo, Madrid, abril 1988, Parte I, caps. 1, 2, 4 y 5, especialmente.

(10) Jn. XIV, 6.

Pero, precisamente, contra la vida, pasión y muerte adorables del Divino Redentor se estrellan impotentes esos balbuceos quiméricos. Tales balbuceos chocan a fondo con la doctrina católica, pues al postular la supuesta bondad natural del hombre niegan, teórica o prácticamente, en grados mayores o menores, la existencia del pecado original y de los pecados actuales y sus consecuencias en la vida individual y social. Ahora bien, el Pecado se mostró frente a Nuestro Señor Jesucristo en toda su injusticia, en toda su sinrazón, en toda su atroz y declarada maldad...

Aunque nos aproximamos ya a las inefabes alegrías de la Navidad, el *deber cristiano de la militancia* nos pide, pues, reflexionar un poco esta mañana sobre el combate del Divino Guerrero, que ha vencido al mundo (11), y que llega sin retroceder un milímetro, sin vacilar un instante, hasta lo alto del Calvario.

¿Pudo haber quien Lo odiase? Sí, la realidad ahí está innegable, clamorosa, causando asombro, dolor e indignación a lo largo de los siglos: el fue víctima del odio más implacable que se conozca, un odio que se organizó, que Lo persiguió son tramas ocultas y sucesivas campañas de calumnias y, por fin, después del juicio más inicuo de la Historia, Lo condujo a la muerte y muerte de Cruz.

¿Cómo sostener que todo ello se debió a algún mero equívoco de inteligencia o a algún resentimiento de sus perseguidores, que le tuviese como causa a El que era la propia Inocencia? ¿Cuándo hubo Apóstol más prudente y lleno de tacto, Maestro más persuasivo y atrayente, Bienhechor más misericordioso y completo, Encarnación más viva e íntegra de la Verdad, el Bien y la Belleza, que El mismo predicaba? Sin embargo, contra El se levantaron los odios sin razón, la saña persecutoria de los que tramando en la sombra, respondían a las sublimes enseñanzas, a las curas milagrosas, al perdón infinito, multiplicando la mala fe de las asechanzas, aumentando la difusión de las infames calumnias, alimentando en sí mismos la deliberación deicida, precisamente, porque no era

(11) Cfr. Jn. XVI, 33.

posible encontrar en El la menor mancha, ni sombra de injusticia o imperfección.

¿Qué equívoco intelectual, qué mal trato, qué asomo de pretexto podía alegar Judas, él que era uno de los doce y que fuera acogido en la convivencia insondablemente suave, en la intimidad de una dulzura infinita del Divino Maestro? Lo que había, como lo deja claro el Evangelio, era un desvío moral consentido, una voluntad viciada, que se abrió al mal. Judas se hizo ladrón, siguió sus malas inclinaciones y, un abismo llama a otro abismo: el evangelista nos dice que, en determinado momento, «entró Satanás en Judas» (12). Judas se puso al servicio del mal organizado, que conspiraba contra Nuestro Señor, se hizo traidor y traidor por antonomasia. El entregó al Hijo del Hombre con un beso, es decir, aumentó la iniquidad de su traición, pues en el mismo acto de consumarla lo hace con la falsedad de fingir un afecto que no tenía. Finalmente, el propio traidor dio testimonio contra sí mismo, cuando antes de ahorcarse dijo, «he pecado entregando sangre inocente»... (13).

Christianus alter Christo. Ese odio que se irguió inicuo, atrocemente pecaminoso, siniestramente organizado contra el Hijo de Dios hecho Hombre, se habría de levantar también contra su Santísima Madre, contra los Apóstoles y Discípulos, contra la Iglesia naciente, contra los fieles a lo largo de los siglos.

El hombre en esta vida está en estado de prueba y sujeto a las tentaciones del demonio. El pecado original debilitó las potencias de su alma y si bien el hombre puede incurrir en error por un mero equívoco de su inteligencia o por falta de formación, la causa más frecuente y dinámica que lo lleva a difundir el error y a obrar el mal suele ser la inclinación desviada de la voluntad. Y los que abrazaron el error y el mal tienden a unirse y organizarse de un modo u otro para luchar contra los que desean amar a Dios y cumplir Su ley. Esto es lo que, a nuestro juicio, tiene que ser dicho y explicado, para, a la luz de la doctrina ca-

(12) Cfr. Lc. XXII, 3.

(13) Mt. XXVII, 4.

tólica y de la realidad evidente, poner al descubierto, de manera eficaz, el relativismo revolucionario tal y como él se insinúa en la opinión pública de hoy, pues ella es el moderno campo de batalla entre la Revolución y la Contrarrevolución.

Para quien pretenda seriamente seguir a Nuestro Señor Jesucristo, existe pues un deber de militancia, que comienza desde luego por uno mismo, pero que envuelve la obligación de dar testimonio de Cristo ante los hombres, en presencia de los que Lo atacan, en choque contra los que se organizan para destruir Su obra de Salvación. Un deber de militancia cristiana, ineludible.

Lo cumplió, y cuan admirablemente, María Santísima, la Virgo Fidelis, a quien la Liturgia canta y celebra como Aquella que es «terrible como escuadrón ordenado en batalla, - *terribilis ut castrorum acies ordinata...*» (14).

El deber exigió el heroísmo en los tiempos apostólicos, en las catacumbas y en los coliseos romanos. Ese deber impuso sus nobles obligaciones durante las invasiones de los bárbaros y en los embates contra las sucesivas herejías que desde el comienzo pretendieron asaltar a la Iglesia de Cristo.

Ese deber se cumplió también con fulgores prototípicos en la expansión medieval del imperio cristiano, a partir de Europa, desde las gestas carolingias hasta las Cruzadas, donde se incluye con gloria nuestra Reconquista Ibérica y donde florece aquella unión armoniosa e incomparable de heroísmo religioso y de piedad combativa, que fue la caballería cristiana. De tal modo que hasta en nuestros confusos y oscuros días de hoy, cuando se quiere elogiar a un hombre cabal, todavía se oye decir: fulano, es un caballero.

III. Militancia cristiana contrarrevolucionaria.

Pero bien saben ustedes que ese deber no se evaporó en las místicas brumas de un pasado medieval. Sólo que se volvió tal vez más sutil, más complejo, tantas veces más arduo, con la llegada

(14) Cantar de los Cantares, VI, 4.

de la modernidad. Es que también el enemigo de Cristo, de su Iglesia, de la Civilización Cristiana se hizo cada vez más envolvente, más abarcativo, más definido y audaz, pero también más artero y tendencioso.

A ese misterioso y polifacético enemigo del nombre cristiano se refiere Pío XII en penetrantes y sugestivos términos, cuando enseña: «El se encuentra en todo lugar y en medio de todos: sabe ser violento y astuto. En estos últimos siglos trató de realizar la disgregación intelectual, moral, social, de la unidad en el organismo misterioso de Cristo. El quiso la naturaleza sin la gracia; la razón sin la fe; la libertad sin la autoridad; a veces la autoridad sin la libertad; Es un 'enemigo' que se volvió cada vez más concreto con una ausencia de escrúpulos que todavía sorprende: ¡Cristo sí, la Iglesia no! Después: ¡Dios sí, Cristo no! Finalmente el grito impío: Dios está muerto; y hasta: Dios jamás existió. De ahí, ahora, la tentativa de edificar la estructura del mundo sobre bases que no dudamos en señalar como las principales responsables de la amenaza que pesa sobre la humanidad: una economía sin Dios, un Derecho sin Dios, una política sin Dios» (15).

Ese enemigo tiene un nombre, bien lo sabéis. El se llama Revolución. Pero no ésta o aquella revolución, éste o aquel motín subversivo, es la Revolución con «R» mayúscula; La Revolución «universal, una, total, dominante y procesiva» (16). Si en el siglo XVI la enfrentó en su etapa de rebelión contra el orden religioso la Contrarreforma católica, en el transcurso del siglo XVIII al XIX la descubrió en su fisonomía a un tiempo religiosa y política el pensamiento católico tradicional, estremecido ante el cataclismo social que, en 1789, transformó en ruinas el *Ancien Regime* francés, y persiguió con un mismo odio igualitario y liberal, el Altar y el Trono en Francia y después en toda Europa. Contra esta Revolución anticristiana, que así manifestaba ya más claramente su globalidad, su afán de destrucción del orden cristiano en su

(15) Alocución a la Unión de los Hombres de la Acción Católica italiana, de 12-X-1952, *Discorsi e Radiomessaggi*, vol. XIV, pág. 359.

(16) Cfr. PLINIO CORREA DE OLIVEIRA, *Revolución y Contra-Revolución*, Editorial Fernando III El Santo, Bilbao, 1978, cap. III, págs. 35 y sigs.

conjunto se irguió desde luego y vigilante, la voz de los Pontífices Romanos en documentos memorables.

Habiéndose levantado finalmente con el comunismo contra lo que permaneció del orden económico-social y manifestando cada vez más su rostro total, su supremo *non serviam*, podemos definirla con el profesor Plinio Correa de Oliveira en su magistral obra *Revolución y Contra-Revolución*, como un proceso nacido a fines de la Edad Media que tiene como causa profunda «una explosión de orgullo y sensualidad que inspiró, si no un sistema, cuando menos toda una cadena de sistemas ideológicos. De la gran aceptación dada a éstos en el mundo entero, derivaron las tres grandes revoluciones de la Historia de Occidente: la Pseudo-Reforma, la Revolución Francesa, y el Comunismo (Cfr. León XIII, «Parvenu à la 25^e Année» de 19-III-1902, «Bonne Presse», París, vol. VI, pág. 279).

El orgullo lleva al odio hacia toda superioridad y por lo tanto a la afirmación de que la desigualdad es, en sí misma, en todos los planos, inclusive y principalmente en el metafísico y religioso, un mal. Este es el aspecto igualitario de la Revolución.

La sensualidad, de por sí, tiende a derribar todas las barreras. No acepta los frenos y lleva a la rebeldía contra toda autoridad y toda ley, sea divina o humana, eclesiástica o civil. Este es el aspecto liberal de la Revolución.

Ambos aspectos, que en última instancia tienen un carácter metafísico, parecen contradictorios en muchas ocasiones, pero se concilian en la utopía marxista de un paraíso anárquico en que una humanidad altamente evolucionada y «emancipada» de cualquier religión, viviese en un profundo orden sin autoridad política, y en una libertad total de la que, no obstante, no derivase ninguna desigualdad (17).

Así, pues el orgullo y la sensualidad en cuanto motores revolucionarios profundos en el interior de alma humana, alimentan las tendencias cada vez más radicalmente igualitarias y liberales. Esas tendencias, como nos explica el profesor Plinio Correa de

(17) *Idem*, Introducción, págs. 26-27.

Oliveira, «por su propia naturaleza luchan por realizarse, no conformándose con un orden de cosas que les es contrario. Y ellas comiezan por modificar las mentalidades, los modos de ser, las expresiones artísticas y las costumbres, sin desde luego tocar de forma directa —habitualmente, por lo menos— las ideas. Pero no tarda en suceder que de esos estratos profundos, la crisis pasa al terreno ideológico (...). Así, inspiradas por el desarreglo de las tendencias profundas, explotan nuevas doctrinas». Y, como no podía dejar de ser, «esa transformación de las ideas, extendiéndose a su vez, al terreno de los hechos, donde pasa a operar, por medios cruentos o incruentos, la transformación de las instituciones, de las leyes y de las costumbres, tanto en la esfera religiosa como en la sociedad temporal» (18).

¿Cómo podría la militancia cristiana en nuestros días ignorar o permanecer indiferente ante la existencia de este proceso y su dinamismo de destrucción revolucionaria de todas las jerarquías religiosas, políticas, sociales y económicas y de negación de toda ley divina y natural, y que en nuestros días —como vimos— pretende extirpar de la propia conciencia de los hombres las nociones mismas del Bien y del Mal?

Ahora bien, si este dinamismo es fundamental para que el proceso revolucionario sea posible, hay también otros factores, y la Revolución no avanza sola por sí misma.

Sin embargo, el hombre de la calle de hoy, desinformado, desorientado, inundado de relativismo teórico y práctico, solicitado de mil modos a no pensar seriamente en nada, a no querer definitivamente nada, a no ser el gozo cada vez más problemático del pequeño paraíso que haya conseguido construir —cuando lo consiguió...— tiene dificultad en comprender que este proceso exista, que sus dimensiones universales sean las que estamos afirmando. Más dificultad tiene todavía, este hombre de la calle, que ha sido intoxicado con el mito de la bondad natural de todos los hombres y por el espejismo de una era de paz idílica sin contra-

(18) *Idem*, cap. V, Las tres profundidades de la Revolución: en las tendencias, en las ideas, en los hechos, 1, 2, 3, págs. 48-49.

dicciones ni conflictos; más dificultad —digo— tiene él en comprender, que esta Revolución cinco veces secular, está siendo inspirada y orientada por generaciones de conspiradores asociados para la destrucción del edificio de la Civilización Cristiana; generaciones de habilísimos conspiradores.

No obstante, a lo largo del desarrollo de este proceso secular de la Revolución, sus mentores y secuaces se hicieron cada vez más capaces, no sólo de manejar movimientos ideológicos y estructuras políticas, instituciones financieras, sino de modelar costumbres y mentalidades y trabajar a individuos y pueblos inclusive en las zonas más profundas de su psicología.

En efecto, la Revolución supo poner en acción para esto, ora la persecución violenta, ora métodos y técnicas de un refinamiento que un caballero cristiano de los rudos, nobles y —en comparación con los de hoy— tan inocentes tiempos medievales, ciertamente no conseguiría imaginar como posibles.

Es, pues, con notable acierto, espíritu de síntesis y maestría, que el profesor Plinio Correa de Oliveira coloca en *Revolución y Contra-Revolución* el problema de los mentores y agentes del proceso revolucionario para el lector desinformado y desorientado de nuestros días. Mostrada la gigantesca crisis contemporánea, descrita en sus características esenciales la Revolución gnóstica e igualitaria, como un inmenso proceso multiseccular que aspira a abarcar al hombre globalmente y a todos los hombres, el citado profesor levanta este problema en el apartado, «los agentes de la Revolución: la Masonería y las demás fuerzas secretas»:

«No creemos —nos dice— que el mero dinamismo de las pasiones y de los errores de los hombres, pueda conjugar medios tan diversos para la consecución de un único fin, esto es, la victoria de la Revolución.

Producir un proceso tan coherente, tan continuo, como el de la Revolución, a través de las mil vicisitudes de siglos enteros, llenos de imprevistos de todo orden, nos parece imposible sin la acción de generaciones sucesivas de conspiradores de una inteligencia y de un poder extraordinarios. Pensar que sin esto la Revolución habría llegado al estado en que se encuentra, es lo mismo

que admitir que centenares de letras lanzadas por una ventana podrían disponerse espontáneamente en el suelo, de manera a formar una obra cualquiera, por ejemplo, la "Oda a Satanás", de Carducci.

Las fuerzas propulsoras de la Revolución han sido manipuladas hasta aquí por agentes sagacísimos, que se han servido de ellas como medios para realizar el proceso revolucionario.

De manera general, se pueden calificar de agentes de la Revolución todas las sectas, de cualquier naturaleza, engendradas por ella, desde su nacimiento hasta nuestros días para la difusión del pensamiento o para la articulación de las tramas revolucionarias. Sin embargo, la secta-maestra, en torno de la cual todas se articulan como simples fuerzas auxiliares —unas veces conscientemente, y otras veces no— es la masonería, según se desprende de los documentos pontificios y de la encíclica *Humanum Genus*, de León XIII, de 20 de abril de 1884 (Bonne Presse, París, vol. I, págs. 243-276).

El éxito que hasta aquí han alcanzado esos conspiradores, y particularmente la masonería, se debe no sólo al hecho de que poseyeran una capacidad incontestable de articularse y conspirar, sino también a su lúcido conocimiento de lo que sea la esencia profunda de la Revolución, y de cómo utilizar las leyes naturales —hablamos de las de la política, de la sociología, de la psicología, del arte, de la economía, etc.— para hacer progresar la realización de sus planes.

En este sentido los agentes del caos y de la subversión hacen como el científico que, en vez de actuar por sí solo, estudia y pone en acción las fuerzas, mil veces más poderosas, de la naturaleza.

Esto es lo que, además de explicar en gran parte el éxito de la Revolución, constituye una importante indicación para los soldados de la Contra-Revolución» (19).

Si sobre la existencia y la acción revolucionaria de la masonería el católico común estaba abundantemente informado en el siglo XIX y parte del siglo XX, ya por la década de los 50 se había

(19) *Op. cit.*, Parte I, cap. VI, 6, págs. 58-59.

hecho un gran silencio al respecto y hoy pocos son los que han leído, por ejemplo, la gran obra de Monseñor Delassus, *La Conjuration anti-cristiana* (20), o que conocen los sucesivos documentos pontificios que condenan y denuncian la conspiración masónica. Desde el más antiguo de ellos del 28 de abril de 1738 —hace casi 250 años— que es la Carta Apostólica «In eminenti», del Papa Clemente XII, hasta los 226 documentos publicados por la Santa Sede durante los 25 años que duró el pontificado de León XIII, condenando la masonería, los «carbonarios» y las sociedades secretas en general.

Lentamente se dejó en la sordina el hecho de que el Código de Derecho Canónico, vigente hasta hace poco, y que fue elaborado durante el pontificado de San Pío X (1903-1914) y promulgado en 1917 por el Papa Benedicto XV, castigaba con pena de excomunión el católico que se afiliase a la masonería (cfr. canon 2335).

Raros son los católicos que hoy saben que, aunque el nuevo Código de Derecho Canónico, que entró en vigor en 1983, haya suspendido la pena de excomunión, continua prohibido para el católico afiliarse a las asociaciones masónicas, conforme esclarece la reciente Declaración de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe del 26 de noviembre de 1983 (21).

Pues bien, para mostrar al hombre de este final, confuso y caótico, del siglo xx la conspiración de las fuerzas ocultas, que buscan destruir los restos de la Civilización Cristiana en la sociedad y en las almas, nos parece indispensable estudiar y mostrar, a partir de hechos palpables para todos, la existencia del proceso revolucionario en su unidad, su globalidad, y su rostro total, que él intenta esconder, pues es ahí que se vuelve clara e innegable la existencia de dicha conspiración en los días de hoy, en que esas

(20) Mons HENRI DELASSUS, *La Conjuration antichrétienne - Le temple maçonnique voulant s'élever sur les ruines de L'Eglise catholique*, Desclée, Lille, 1910, 3 vol.; con una carta de congratulación escrita, en nombre del Papa San Pío X, por el Cardenal Merry del Val, Secretario de Estado de la Santa Sede.

(21) Cfr. AAS, 1 de marzo de 1984, núm. 3, vol. LXXVI, pág. 300.

premisas del pensamiento anti-masónico tradicional salieron, desde hace mucho, del espíritu de la masa de los católicos y del público en general.

Clásicamente, la denuncia contra la acción de la secta masónica se ha centrado en sus sistemas de reclutamiento y sus mecanismos de infiltración en el cuerpo social, y principalmente en las finanzas y en el aparato político de los estados, para desde ahí promover sus planes.

Se trata, para la masonería, de reclutar el mayor número de personas que ocupan cargos claves, tanto sea del aparato estatal, como de las empresas privadas, como de la vida social, en fin, de todo cargo que tenga alguna importancia o influencia. Tal sistema ha sido siempre muy útil a la masonería, no sólo como incentivo para conquistar adeptos entre personas oportunistas y codiciosas, sino también para promover los planes masónicos, a través de los mecanismos así controlados.

A nadie se le escapa de cuanta conveniencia puede ser para la masonería, por ejemplo, el impulsar una reforma de la Educación laica y liberal, el tener a sus afiliados colocados en puntos claves de un determinado gobierno. No sólo para promover y hacer aprobar las leyes y medidas respectivas, sino también para que estas acaben siendo aplicadas, más allá de la mera letra de los textos legales, conforme a los designios secretos del plan masónico.

Por otra parte, siempre en los medios católicos anti-masónicos especializados se tuvo en cuenta el *disideratum* de la secta de controlar el mayor número de gobiernos y la propia mecánica de las relaciones políticas y financieras internacionales para alcanzar la meta de la República Universal igualitaria a la que debe corresponder también una religión mundial ecuménica y relativista de fondo panteísta.

A este terreno clásico de la concepción anti-masónica, la obra del profesor Plinio Correa de Oliveira agrega un campo nuevo: es el estudio y la denuncia de las técnicas masónicas de gobierno de las almas. La explicación en profundidad del conocimiento y manejo de las tendencias desordenadas, de la creación de ambien-

tes, de la difusión, sea por grandes órganos de comunicación, sea por otros medios, de una mentalidad que, generalizándose, garantiza el éxito del avance de las ideas y de los hechos revolucionarios. Es la denuncia de aquello que, hoy en día, se conoce por el término un tanto impreciso de Revolución Cultural, Revolución de los modos de ser y de vivir que envuelven hasta lo cotidiano y que abarcan al individuo en todas sus manifestaciones.

Frente a este panorama, analizado en toda su amplitud y profundidad, frente a esta obra de destrucción de la Revolución liberal e igualitaria, nuestro amor a la Iglesia, nuestro amor a la Civilización Cristiana, nuestro amor a la Patria, frutos del amor, que sube a Dios por intermedio de María, se transforma en un irrenunciable deber de militancia contrarrevolucionaria.

Sabemos todos, sin embargo, que en esta lucha tan dramáticamente desigual, no habría estudio, no habría sagacidad, no habría habilidad operativa ni determinación ni coraje, que de algo sirviesen, si el católico quisiese trazarla ignorando la vida sobrenatural. «Sin mí nada podéis hacer», nos dijo Nuestro Señor. Pero en esta imposibilidad recordada y reconocida constantemente está la clave, la fuerza del luchador católico. Porque en Cristo a través de María, todo lo podemos hacer y podremos ver como se cumple en todo su esplendor la promesa evangélica: «Las puertas del infierno no prevalecerán».

Más aún, debemos militar por el Reino de Nuestro Señor Jesucristo, con la certeza de Su Victoria y con la Confianza de que el Sagrado Corazón de Jesús reinará por medio del Sapiencial Corazón de María, conforme Ella nos prometió en Fátima: «Por fin, Mi Inmaculado Corazón Triunfará» (22).

(22) Cfr. *Las apariciones y el mensaje de Fátima según los manuscritos de la Hermana Lucía*, Editorial Fernando III El Santo, Madrid, 1985, Bilbao pág. 63.